

*Primer ensayo de un jehovahismo moral en Jerusalén
en el reinado de Asa*

Asa fue elegido rey el año 930 antes de J.C. Durante veinte años su padre Abiam y su abuelo Roboam habían tratado de continuar a pesar de todo el reinado de Salomón. En un territorio empequeñecido habían conservado un aparato de realeza para el cual apenas habría bastado Palestina entera. La pequeña corte de Sion, con su harén exagerado, sus príncipes reales con ricos dominios y su culto aparatoso, perdía toda su importancia real. No hubo años tan estériles como aquéllos en la historia judía. Jehová parecía dormir en su templo. Gozaban de entera libertad los cultos cananeos y otros. No surgía ni un profeta para reprender a reyes y pueblos.

Esencialmente el jehovahismo era exclusivo e intolerante. El triunfo del dios celoso en tiempo de Jonás (sobre 622) es el último término de la reacción religiosa que empieza con Asa. Interrumpida frecuentemente, reanudada luego con mayor energía, esta lucha de 300 años es uno de los desarrollos de lógica fatal más bellos que presenta la historia.

Por motivos que no podemos apreciar, dada la extremada oscuridad de la historia israelita, en el siglo X antes de J.C., y como consecuencia de la influencia reciente de los «hombres de Dios», Asa siguió en religión

una conducta distinta de la de su padre, abuelo y bisabuelo. Reinó cuarenta y un años y, como veremos, dejó sus principios a su hijo Josafat, que reinó veinticinco. Esta política religiosa, sostenida durante más de medio siglo, tuvo importantes consecuencias. El templo cobró una significación que no tenía en su origen. De capilla doméstica de palacio pasó a ser lugar de santidad por excelencia donde residía Jehová y vertía sus oráculos. Los profetas y los puritanos, que al principio lo habían mirado con malos ojos, se reconciliaron con él. El jehovahismo había creado el templo, y el templo a su vez creaba el jehovahismo. Nadie pensaba aún que el templo fuera el único sitio del mundo donde se pudieran ofrecer sacrificios a Jehová, pero el rey no era ya el único oficiante. Los sacerdotes que ante el rey no existían, tomaban en cambio gran importancia ante el laico que se presentaba con una ofrenda. Ya se establecían preceptos y reglas, primer núcleo de un levítico. Los sacerdotes debieron inculcar la idea de que los sacrificios ofrecidos en el templo tenían mayor fuerza que los hechos al aire libre.

Asa y Josafat se diferenciaron de Salomón, Roboam y Abiam por la guerra constante hecha a los cultos extranjeros. A la tolerancia de Salomón, imitada por sus dos sucesores, siguió un régimen de proscripción contra todo lo que en materia de prácticas religiosas no era puramente israelita. Asa llevó el rigorismo hasta destituir de la alta categoría que ocupaba a su abuela Maaka, mujer preferida de Roboam (a la cual debió Abiam el trono), porque tenía en su casa *terafim* de madera con detalles fálcos, que escandalizaban mucho la mojigatería de las generaciones nuevas. Asa sacrificó a hachazos el emblema impuro, que fue quemado en el valle de Cedrón. Se abolieron los cultos fenicios y se hizo la guerra a los ídolos.

No hay nada histórico sobre los profetas del tiempo de Asa. Es de suponer que tuvieron ya gran autoridad y que llegaron hasta la violencia. Aquel mismo rey tan piadoso, más de una vez tuvo que mostrarse severo con ellos.

Poco a poco el pequeño Estado judaíta se iba solidificando, y la raza de David era aceptada como una especie de institución sancionada por Dios mismo. Ningún jefe militar osaba destronar al que se consideraba ungido por Jehová. No había revolución posible con semejante teocracia. Sobre este aspecto, el contraste con Israel era asombroso. La idea de legitimidad, base del reino de Judá, no se estableció nunca en Israel. Nadab, hijo de Jeroboam, reinó poco tiempo. Lo mató un isacarita llamado Baesa, mientras sitiaba a Gibbeton, población filistea, y éste exterminó después a toda la familia de Jeroboam y, coronado en Tirsá, reinó veinticuatro años.

La religión de las tribus del Norte seguía siendo un jehovahismo que no excluía las imágenes, ni la adoración de Dios con distintos nombres, ni las supersticiones impuras del culto de Astarté; pero los profetas no dejaban de predicar un jehovahismo más puro. A Jehú se le atribuye en tiempo de Baesa una misión semejante a las misiones de Elías y Eliseo durante el reinado de Acab.

Asa y Baesa continuaron haciéndose la guerra. La causa de sus luchas fue Rama, a dos leguas de Jerusalén y muy próxima a la frontera de ambos reinos. Baesa se apoderó de ella, la fortificó, y como Rama domina todos los caminos del Norte, Asa se vio algo apurado en su capital. La fuerza de Baesa residía en su alianza con Benhadad, rey de Damasco. Asa adoptó una posición singular, se quedó con la plata y el oro que se habían acumulado en el templo, le añadió el tesoro del palacio real y se lo mandó todo a Benhadad para que se declarara contra Baesa. Benhadad se dejó vencer, e invadió en son de guerra los distritos del Norte, el país de Neftalí y los alrededores del lago de Kinnerot. Al conocer Baesa tan terrible noticia abandonó las construcciones de Rama y se replegó a Tirsá. Llamó entonces Asa a todos los hombres de Judá y los llevó en masa a Rama. Se quitaron las piedras y maderas de lo construido por Baesa y se emplearon en fortificar a Geba y Mispa.

Fructífero habría sido el reinado de Asa, a no ser por tan deplorables luchas. Viendo poco segura la paz, llenó el país de fortalezas. Su gran ejército de judaítas armados con lanzas y escudos grandes, y de benjaminitas con escudos pequeños y arcos, hizo frente a una invasión de africanos que entró por el Sur de Palestina. Dichos invasores, llamados *cusim* y *lubim* (cuchitas y libios), y cuyo jefe llevaba el nombre de Zarkh el cuchita, fueron derrotados cerca de Maresa y perseguidos hasta Gerare. De paso hería el ejército de Judá a las poblaciones árabes cercanas a Gerare, y se apoderó de un rico botín, que compensó lo sacado del templo para pagar la alianza de Benhadad.

Esta prudente forma de actuar no gustó a los exaltados. Un profeta reconvino ásperamente al rey y provocó, por lo visto, un movimiento en el pueblo. Asa se encolerizó mucho y mandó encarcelar al profeta y a los que le habían apoyado.

Asa murió de la gota en avanzada edad, y fue enterrado en la sepultura real de la ciudad de David, después de embalsamado. Le sucedió su hijo Josafat, que tenía treinta y cinco años.

Josafat prosiguió durante un largo período, y con perfecta cordura, el sistema de su padre. El pueblo continuó sacrificando y quemando incienso en los lugares altos. No hubo persecuciones religiosas. Los sacerdotes y profetas no obstaculizaban la prerrogativa regia.

Josafat creó una política excelente, en lo referente a las relaciones entre ambos reinos. Setenta años llevaban de guerra encarnizada, pero reinando Josafat no se vio ninguna de estas luchas fratricidas, y la alianza entre Israel y Judá fue sincera y sólida.